

Siente a un economista en su ejecutiva

EL caso es que nuestros partidos políticos ya lo han hecho. Pero no se nota. Después de haber leído en los últimos meses los esquemas de programa económico de los principales partidos de la oposición, los diálogos que han mantenido con la Agrupación de Periodistas Financieros y recientes declaraciones de sus dirigentes sobre la coyuntura actual, forzoso es llegar a una conclusión: no valía la pena haber incorporado personalidades tan brillantes de nuestra profesión. Tamames en el Partido Comunista, Sánchez Ayuso en el Socialista Popular, Boyer en el Socialista Obrero Español, Prados Arrarte en el Socialista Democrático Español, Fernández Ordóñez y Lasuén en otros grupos socialdemócratas, y podría seguirse con liberales, centristas y moderados de varia ubicación y obediencia; en definitiva, no es materia gris especializada en cuestiones económicas lo que falta

a los partidos que no están en el Gobierno.

LA misión del Gobierno, y tampoco faltan en su burocracia buenas cabezas económicas, es formular una política y ejecutarla: una política que se lea en el "Boletín Oficial" y se vea en la actuación administrativa. La tarea de la oposición es doble: exponer un esquema del sistema hacia el que aspira y criticar lo que está haciendo el Gobierno. Hacer desde la oposición auténtica crítica construc-

**Gonzalo PEREZ
DE ARMIÑAN**

* * *

(Continúa en pág. sigte.)

SIENTE A UN ECONOMISTA

(Viene de la pág. anterior)
tiva que ofrezca una alternativa responsable y realista es mucho más difícil que gobernar. Y en nuestro caso, prácticamente imposible. Entre otras cosas, porque el Gobierno no parece haber tenido tiempo—ni quizá ganas o posibilidades—de ocuparse de otra cosa que de hacer avanzar, sorteando obstáculos, la reforma política. En consecuencia, los grupos políticos se han limitado a dibujar en el vacío el sistema utópico hacia el que sueñan poder llegar o el modelo ideal en el que creen poder vivir,

EL resultado ha sido decepcionante. Se parece mucho a los resúmenes que unos alumnos brillantes de la Facultad de Ciencias Sociales harían de los modernos manuales de sistemas económicos comparados. No hay que menospreciar el esfuerzo de los redactores de los programas económicos de tantos partidos de izquierda, de centro y de derecha. Pero el intento de diferenciación estaba, de antemano, condenado al fracaso, porque, de verdad, la auténtica alternativa sólo tiene dos opciones. Mi amigo Luis Ponce de León suele decir, con cierta impertinencia y alguna gracia, que el ejemplo es el lenguaje que mejor entienden los tontos. Como creo que en materia tan importante—elegir democráticamente el sistema socio-económico-político en el que queremos vivir—todos estamos cursando las primeras letras, las alternativas se expresan gráficamente en forma de siglas: la URSS o los EE. UU. Por supuesto que detrás de cada cabeza de serie hay muchas diferencias. Por eso, valga otro ejemplo más homogéneo: separados por el "telón de acero", la República Federal y la República Democrática, a ambas alemanas.

UNA vez que se ha optado hay que procurar que funcione el sistema que existe, incluso cuando lo que se pretende es transformarlo sustancialmente y hasta sustituirlo, porque "muerto el burro, la cebada al rabo". Y lo que puede hacerse dependerá de la estructura en que se viva y de la coyuntura que se padezca. Un partido político que no arranque de ahí, o está haciendo demagogia o está en babilonia. El diagnóstico es de dominio público: alta inflación, baja productividad, desequilibrios en la balanza de pagos, atonía inversionista, paro creciente, disparidades regionales, etc. Y todo ello enmarcado en una visión pesimista del llamado agotamiento de las posibilidades del modelo de crecimiento de los años sesenta junto con preocupaciones ecológicas, apelaciones a mejoras en la calidad de la vida e invocaciones a la justicia social y fiscal.

POCOS días después del referéndum, en el que el país expresó inequívocamente que

quería seguir votando, dirigentes de cinco partidos que comparten la aceptación de la economía de mercado coincidieron en reconocer, reunidos en mesa redonda, la gravedad de la situación económica. Y uno de ellos indicó que todos los partidos deberían ponerse seriamente a elaborar un programa de actuación económica. A los oyentes que tenemos algún contacto con la Administración pública, y sabemos los recursos con los que cuenta para estos menesteres, nos tuvo que hacer sonreír imaginarnos a la media docena de economistas de alguno de esos minipartidos reunidos alrededor de un velador para elaborar un programa de política económica.

NO es ese el camino. El papel de los partidos políticos no es suplir lo que el Gobierno tiene que hacer, sino exigirle que lo haga. Es el Gobierno—en este momento el de Adolfo Suárez y dentro de unos meses el que sea legitimado por los resultados electorales—el que tiene como altísima prioridad la obligación de elaborar un programa de actuación económica y empezar a aplicarlo.

Y todo ello desde ahora. Es posible que si se pone de verdad a la tarea encuentre más colaboraciones de las que se imagina. Y quiero creer que los responsables económicos de los principales partidos que no están en el Gobierno, si actúan como profesionales de la economía podrían llegar a unas coincidencias generales con sus homólogos de la Administración pública y de las grandes fuerzas económicas y sociales sobre lo que es imprescindible y urgente. Este podría ser el esqueleto técnico del pacto básico que le diga al país lo que hay que hacer. Aunque lo que haya que hacer sea desagradable; y lo será. Y, por supuesto, que lo sea para todos. Dicen que hay medicinas que con azúcar están peor. Puede ser. En cualquier caso, a los dirigentes de los partidos políticos y de los grupos representativos de la sociedad española incumbe convencer a sus militantes, y a través de ellos tratar de influir sobre sus posibles bases o clientelas electorales de que lo inaplazable es ahora salvar la economía. Por ello me atrevo a recomendar a mis colegas que se sientan en las ejecutivas que olviden por un momento el tipo de sistema en el que les gustaría vivir y las opciones diferenciales por las que militan, porque no se puede seguir discutiendo a la puerta del quirófano si basta una cirugía estética, si se necesita un trasplante de órganos o si hay que llegar al cambio de sexo. Lo que tenga que hacerse, decidase pronto y emplécese inmediatamente.

**Gonzalo PEREZ
DE ARMIÑAN**

Catedrático de Economía
Política